

Esculturas en Pancorbo

JESÚS GUTIÉRREZ PÉREZ

El desfiladero de Pancorbo está considerado una de las maravillas de la península Ibérica y, lamentablemente, hemos estado muy pocas veces en él.

La primera vez fue hace relativamente pocos años en una de aquellas felices excursiones con mi hermano y nuestras respectivas esposas, en un recorrido muy bonito hacia Oña en Burgos. Había una iglesia en obras de restauración que, curiosamente, no he visto las otras dos veces en que he estado. Ha sido otra la iglesia que hemos visto aunque no visitado. Estaba cerrada...

Aquella primera vez pasamos después por Santa Gadea del Cid, pueblo que no parece tener ninguna relación con el Cid, pues la iglesia de Santa Gadea (la misma santa Águeda de las canciones y los palos machacantes) la Santa Gadea de la famosa jura, está en Burgos capital. De todas formas en el pueblo, muy bonito por cierto, no hay ninguna alusión al Cid más que en el nombre. Tiene restos de un castillo. Al menos una torre. Durante nuestra visita se veía gente que entraba a dicha torre por una especie de pasarela pero no lo intentamos. Quedó para otro día. (Otro día con mi primo Jesusillo intenté subir a dicha torre pero la escalera exterior había perdido los escalones y el subir por ella equivalía a intento de suicidio).

Pasamos también por Poza de la Sal, patria de Rodríguez de la Fuente, pueblo del que conservo dos recuerdos. Uno que había un balcón conjuradero. Desde él se conjuraban las tormentas. Cuando las nubes amenazaban tormenta, salía el cura al balcón y mandaba la tormenta a hisopazos al pueblo siguiente. Y el otro, que detrás del pueblo había un castillo sobre una pared rocosa casi cortada a pico. Las mujeres no se atrevieron a escalar. Había cables haciendo de barandilla para ayudar a subir. Mi hermano y yo subimos, yo con mucha dificultad, a fuerza de valor. Al poco tiempo me tuvieron que operar del corazón, al borde del infarto. Cuando subí al castillo ya estaba tocado del ala.

Y pasamos por Frías. Después de ver el puente medieval sobre el Ebro visitamos el castillo. Unas



mujeres de cierta edad cobraban las entradas. Debían ser las dueñas. De todas formas según las entradas se apellidaban Torre, Torre, apellido muy apropiado para las dueñas de un castillo.

Luego me he enterado de que Frías pertenece al selecto grupo de “Pueblos más Bonitos de España”, cuya lista la componen 35 municipios.

Luego estuvimos en Oña, donde está la tumba de San Íñigo de Oña que parece demostrar que Íñigo e Ignacio no son lo mismo. Conozco personas que quisieron llamar a su hijo Íñigo y en el Registro les pusieron quieras que no, Ignacio. ¡Carámbanos! ¿Y si yo quiero que se llame Íñigo como el de Oña?

También estuvimos en Villarcayo, bonita población burgalesa, lugar de veraneo de los vizcaínos (así como casi toda la Rioja).

Y estuvimos en Ojo Guareña en una ermita incrustada en la roca, un sitio precioso. A algún cura de por allí que había estado en Jerusalén y visitado el Santo Sepulcro se le ocurrió hacer un Santo Sepulcro espúreo. No era obligatorio entrar pero entramos los más decididos. Para entrar había que doblar la cerviz, como en las Horcas Caudinas y dentro había un Cristo yacente tallado por uno del pueblo que había estropeado un buen trozo de madera. Pero lo peor era la salida. Junto al suelo había una raposera, una especie de túnel como el que utilizan los zorros para salir de su madriguera. Me entró la claustrofobia. Quise salir por donde habíamos entrado, pero la gente que seguía entrando y la estrechez del recinto no me lo permitían. Tuve que arrastrarme como una sabandija. Al salir vi a las mujeres que nos esperaban y les dije que qué acierto habían tenido no entrando en aquel antro.

La segunda vez que estuve en Pancorbo fue con mi primo Jesusillo. Era un día pesado de calor y de cansancio. El pueblo es estrecho y largo como el desfiladero, y tuve que parar a descansar en un banco con respaldo. Creo que veníamos también de Oña. El monasterio cumplía mil años, y habían preparado unas Edades del Hombre especiales con el nombre de Milenium. Cuando llegamos vimos que se había clausurado la víspera y estaban recogiendo.

Recorrimos hasta el fondo el pueblo de Pancorbo, y estaba la iglesia, distinta de la que habíamos visto antes en obras, y en el recinto de la iglesia y en los alrededores unas estatuas muy bonitas montadas con hierros de recuperación, herraduras, etc.



En las escaleras que subían a la iglesia estaba sentada una mujer. Le preguntamos que quién había hecho aquellas esculturas y nos dijo que su marido (que casualmente estaba con su hijo con una máquina corta-césped cortando la hierba de junto a la iglesia). Nos preguntó de dónde éramos. Ella era de Anguciana, La Rioja, aunque yo en un principio me creí que me hablaba de Anguiano, cerca de Nájera, donde los danzantes con zancos, pero Anguciana está cerca de Haro, de camino a Cihuri donde hay un puente romano precioso. Y al decirle que yo era de Rentería, me dijo que había vivido muchos años en Hernani en casa de una tía. (También yo viví 20 años en dicha villa).

- ¿Y dónde?
- En la calle principal, en el centro.
- ¿En la calle Mayor?
- Sí, creo que sí.

Hernani es demasiado grande para que yo conozca a la tía de una mujer de Pancorbo y quedé así la cosa.

Pero al llegar a casa me acuerdo: ¡si aquella mujer de nuestra calle, la Carmen, era de Anguciana! ¡Esa tuvo que ser la tía! No vivía en la calle Mayor sino en la de Cardaveraz, la nuestra. Llamada también calle Urumea, aunque recientemente le han cambiado el nombre. Ahora se debe llamar, para estupefacción mía, Andrekale. El Padre jesuita Cardaveraz, cuyos restos se conservan en la parroquia de San Juan Bautista, nacido en Hernani el 29 de diciembre de 1703. Escribió innumerables libros en euskera pero, claro, no en euskera batua ni siquie-



ra con la grafía de Sabino Arana. Me dicen que este cambio de nombre se debe a las mujeres anónimas que jugaban a las cartas en dicha calle. Eso es más meritorio que escribir libros en euskera.

Por lo visto soy lento de reflejos, de efectos retardados, como aquél que paseando por calle Viteri (sí, éramos más jóvenes) uno al pasar al lado le dijo ¡guau! como saludo. En la siguiente vuelta, lo mismo. Y a la tercera vuelta, al decirle ¡guau! le dio un tortazo al burlón. Porque pensó: guau hace el perro, el perro se come al gato, el gato al ratón, el ratón, el queso, el queso se extrae de la leche y la leche, de la vaca, ¡este tío me ha llamado cornudo!

¿Y cuándo voy a volver a Pancorbo para decirle a aquella buena mujer que conocía mucho a su tía, que era amiga de mi mujer, como vecinas, y que no me había acordado en el primer momento?

La ocasión se presentó de repente. (O como decía aquel seminarista del seminario de Vitoria, francés, al menos venido de Francia, Onaindia, sobrino de aquel cura del mismo apellido que hablaba por alguna radio más o menos clandestina, Radio París, creo que era, se presentó “de repente”).

Tenía pensado para este verano de 2015 ir con mi primo y un amigo de Belorado a Ojo Guareña. Quería volver a aquellos parajes inhóspitos (o al menos poco hóspitos) y mi yerno, que lo sabía, me preguntó de sopetón:

- ¿Vamos mañana a Ojo Guareña?

Por aquello del pájaro en mano le dije que sí sin titubear.

Ya tenía preparado el itinerario. En lugar de por Villarcayo, por Medina de Pomar y Espinosa

de los Monteros. Resulta que Ojo Guareña está a pocos kilómetros de Espinosa, y Espinosa es un pueblo precioso lleno de casas señoriales de los monteros. Yo siempre he creído que los monteros eran los que ayudaban al rey en sus monterías. Pero, no, eran los que dormían ante la cámara del rey y le hacían guardia. Y tenían que ser de Espinosa por una vez que le descubrieron una conjura. Desde entonces tenían que ser hijos y nietos de espinosiegos. Curiosamente era un cargo sin sueldo. Pero tenían muchos privilegios como poder pastar (su ganado, no ellos) hasta en tierras de Vizcaya, lo que les proporcionaba buenos ingresos.

Esto se terminó con el advenimiento de la república, claro.

El plan de visita a Ojo Guareña ha cambiado, por lo que me dicen, desde hace 14 años. Antes se empezaba la visita desde la ermita pero llegamos tarde la vez anterior y no la vimos apenas.

Ahora hay una cabina metálica para las entradas. Allí te dan un casco blanco de minero o de espeleólogo. Se va todo el tiempo por una tarima de madera o de lo que sea porque la oscuridad no permite ver nada. Proyectan sobre las paredes de la cueva la corriente de agua de cuando la hubo, enseñan los silos artificiales donde guardaban sus cosechas de cereales (ya los vimos también la vez anterior) y explican cómo los hacían, y se termina en la ermita. Mi idea era que tenía el techo pintado de pinturas en negro sucio pero compruebo que son pinturas sobre figuras que representan milagros de San Bernabé, con su explicación. El que más me conmovió fue el de aquella pobre mujer que se asoma al precipicio con dos cántaros de aceite y pierde el equilibrio y grita:

- ¡San Bernabé! ¡Que no se rompan los cántaros!

Los cántaros llegaron al suelo milagrosamente intactos. La mujer, claro, espachurrada.

La vuelta (son unas dos horas de camino) la emprendemos después de bien comer en Espinosa.

Cerca ya de Pancorbo me pregunta Felipe, mi yerno, si no quiero ver alguna otra cosa.

- Pues sí. Si no te importa métete en Pancorbo.

Paramos cerca de la casa del escultor. Y vemos venir un matrimonio añoso. Son ellos. He reconocido a la mujer.

Nos paramos a charlar con ellos campechantemente. Me presento como el que estuvo otra vez y me habló de que había vivido en Hernani en casa de una tía.

- ¿Se llamaba Carmen la tía? -pregunto.
- Se llamaba Carmen y era muy buena modista.

Mira por dónde hasta podríamos habernos visto en Hernani.

Ella se llama Encarnación Espinosa y él, Felipe Murga. Trabajó en un taller de Miranda de Ebro de ajustador. Pero veía a los soldadores del taller trabajar y les pidió que le enseñasen a soldar. Y en los ratos libres mientras los demás descansaban o almorzaban él aprendía a soldar con los soldados. Vivieron varios años en Miranda. Pero luego volvieron a Pancorbo donde él había nacido. Va a cumplir 87 años, tres más que yo.

Las esculturas, de hierro, y las que más me gustaron fueron la del sin par Sancho Panza, la del estirado Don Quijote y la de una zarrapastrosa Dulcinea, princesa del Toboso.

Ya sabéis que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha (por eso se celebra en ella el día del libro), pero no en el mismo día, porque en España regía ya el calendario gregoriano, el actual, y en el Reino Unido todavía se regían por el juliano (vamos, que conducían por la izquierda) y hay 10 días de diferencia entre ambos calendarios.

Pero seguramente en Inglaterra harán grandes conmemoraciones con su literato mientras aquí estaremos discutiendo si Podemos o Debemos o no Hacemos.

Bueno, ése es mi homenaje, llamémoslo, público. El privado se lo he hecho a lo largo de mi vida leyendo su Quijote más de diez veces (perdí la cuenta) en castellano y una vez en euskera (fue soporífero), otra en francés actual, me gustó y otra en italiano (me resultó delicioso). Precisamente le había leído en esta misma revista a mi sobrino Jon Arretxe que tuvieron en el Instituto de Galtzaraborda un profesor italiano que decía que los españoles no habíamos entendido el Quijote. Que el Quijote había que leerlo en italiano. Pues yo ya lo he hecho. Y he disfrutado haciéndolo.

Y tengo Quijotes ilustrados por Gustavo Doré, Quijotes editados por la Real Academia Española y uno que costó 4 pesetas en los lejanos días de su publicación sin fecha, y uno en portugués, otro en alemán comprado en una feria del reciclaje y otro en inglés, estos dos últimos que no leeré nunca por razones obvias.

Y con la reproducción de esas esculturas quiero rendir mi pequeño homenaje a Cervantes, de cuya muerte se cumple este año el cuarto centenario.

